



Educación y nueva evangelización

M^a CONSOLACIÓN ISART HERNÁNDEZ

Cartagena. Delegación Enseñanza

8 de marzo de 2019

Resumen: La naturaleza de la educación supone que el hombre es un ser inacabado e imperfecto, que camina hacia la perfección; una perfección que solo se logra si el hombre se perfecciona en las tres dimensiones: física, intelectual y espiritual. Por eso, la tarea del educador es la de ayudar al ser humano a convertirse en “su mejor versión”. Para dicha tarea, es imprescindible la colaboración de los tres ámbitos educativos: la familia, la escuela, la Iglesia. Y si educar supone perfeccionar al hombre, llevarle a plenitud –suscitando en él la pasión por la verdad, la belleza y el bien– equivale a evangelizarlo. Ambas realidades colaboran al crecimiento completo de la persona y sólo, si caminan al unísono, se pueden formar personalidades maduras y unitarias.

Palabras clave: educar, evangelizar, acompañar.

Abstract: Education and new evangelization. The nature of education assumes that man is an unfinished and imperfect being, who walks towards perfection; a perfection that is only achieved if man perfects himself in the three dimensions: physical, intellectual and spiritual. Therefore, the educator’s task is to help the human being to become “his best version”. For this task, it is essential the collaboration of the three educational fields: the family, the school, the Church. If the task of education consists in the action of perfecting man, bringing him to fullness — provoking in him the passion for truth, beauty and good — then this means to evangelize of man. Both realities contribute to the

full growth of the person and only, if they walk in unison, both realities can contribute to shape mature and integrate personalities.

Keywords: educate, evangelize, accompany.

INTRODUCCIÓN

Sófocles, el famoso dramaturgo griego de mediados del siglo V a. Xto., en una de sus mejores tragedias, *Edipo Rey*, definió al hombre como “deinós”, palabra con dos significados muy diversos. ¿Qué quería decir el magistral poeta? El hombre es hábil y terrible al mismo tiempo, extraordinario, pero también peligroso. En esa doble faceta se irá descubriendo el protagonista a sí mismo a lo largo de la tragedia, en una caída vertiginosa desde la cumbre de la excelencia hasta la más absoluta miseria; el hombre es un misterio insondable. Lo reconocían los antiguos y lo han reconocido todos los que lo han estudiado de cerca. Cada ser humano es un misterio y una riqueza por descubrir. La tarea del educador es la de ayudarlo a convertirse en “su mejor versión”; por eso también la educación, ha estado siempre, de algún modo, envuelta en el misterio. ¿A qué se refiere este misterio? A que el hombre es un ser trascendente.

I. DIOS CREA AL HOMBRE PARA LA PLENITUD (ES UN SER PERFECTIBLE)

Hablar de nueva evangelización en el mundo educativo nos lleva, en primer lugar, a reconocer que es Dios quien ha dado el primer paso, el que nos ha salido al encuentro; primero, en la creación; luego en el Verbo hecho uno de nosotros¹.

“Y dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y mande en los peces del mar... Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios los creó, macho y hembra los creó (Gn 1, 26-28). ¿Hay misterio mayor que este? ¡El hombre ha quedado emparentado con el Creador!

¿Qué es el hombre, entonces? Responde Benedicto XVI: “un ser que alberga en su corazón una sed de infinito, una sed de verdad –no parcial, sino capaz de explicar el sentido de la vida- porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios”².

De esta verdad brotan dos *características* que definen a la persona:

1 No se trata de una apuesta personal, sino que el bautismo nos ha convertido en misio-neros de la buena noticia de la salvación.

2 Benedicto XVI, *Mensaje para la celebración de la XLV Jornada Mundial de la Paz: educar a los jóvenes en la justicia y la paz*, 8.XII.2011.

Es criatura: creada a imagen y semejanza de Dios e invitada por Él a vivir en comunión. La persona es un ser en referencia, al que se le ha dado la vida, un ser que carece de sentido, si no es en relación con Aquél que le da origen, Dios. Antes o después, la persona se pregunta por su origen y su destino, pues la vida que le ha sido dada no está finalizada, sino que se convierte en una tarea. Esta es la misión principal de la persona (vocación): *decidir* y *decidir-se* a la tarea de realizar la propia vida para conseguir el fin: la comunión con Dios creador.

Esta tarea parte de una dificultad: cómo saber qué hacer si previamente no se sabe quién se es. El punto de partida, pues, será irse conociendo, desvelando y asumiendo los misterios que acompañan la propia vida desde su comienzo.

Es relacional: el hombre no puede ser hombre, si vive encerrado en sí mismo y ocupado solo consigo mismo: necesita, para ser verdadero hombre, estar en relación con otro semejante. Solo abierto a un Tú personal, el hombre se encuentra a sí mismo como un Yo personal.

Es un ser capaz de trascenderse, de salir de sí para alcanzar su identidad. Lo hace estableciendo relaciones con el medio, con los otros, consigo mismo y con Dios, pues el hombre es un ser “capaz de”, incluso capaz de Dios. Es un ser social y no puede vivir y desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás. Una ayuda inestimable para ambos procesos será la educación.

El hombre es, por tanto, un ser perfectible porque es vocacionado y, por tanto, su maduración no termina nunca. Kant afirmaba que el hombre es la única criatura que ha de ser educada puesto que carece de instinto. Todo lo que la persona ha de ser no lo logra de forma natural, sino que ha de aprenderlo a lo largo de toda la vida, ejerciendo su propia libertad y dejándose ayudar por otros. Recibe, como don de Dios, la dignidad ontológica de su ser sin ningún mérito por su parte, pero, por su obrar, consigue o pierde la dignidad moral, humanizándose o des-humanizándose. Una auténtica educación buscará la plenitud total de la persona, es decir, su felicidad completa³, una felicidad que busca y que no termina de alcanzar a lo largo de toda la vida. Una plenitud que sólo es posible, cuando, siguiendo la imagen con la que fue hecho, responde a la llamada de su vocación.

En esta acción humanizadora, el educador ha de llevar a cabo una auténtica labor de orfebrería, de minucioso detalle, para potenciar una persona armónica, libre, independiente, que sepa gobernarse a sí misma. Pero vayamos por pasos.

3 “Una sociedad orientada hacia la felicidad no puede prosperar a la larga, solo puede hacerlo una sociedad orientada hacia la verdad (Benedicto XVI, *Mi cristiandad*, Madrid, 2012,197).

En primer lugar, Dios ha dado el primer paso. En segundo, la evangelización educativa nos invita a preguntarnos por el sentido de educar, pues la confusión del término es cada vez mayor. “Educar nunca ha sido fácil y hoy parece ser cada vez más difícil [...]. Por eso, se habla de ‘una gran emergencia educativa’, confirmada por los fracasos en los que muy a menudo terminan nuestros esfuerzos por **formar personas sólidas [...]** y por **dar un sentido a sus vidas**”⁴.

Es decir, educar es algo más que enseñar, es enseñar a conocerse, a vivir, a juzgar, a ser más, a crecer en todas las dimensiones de la persona, a ser para los otros. Educar, por tanto, significa “hacer salir”, “dar a luz”, suscitar en el educando la pasión por la verdad, la belleza, el bien, por encontrarse con la Verdad misma. Benedicto XVI lo recordó en su *Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación*: “sería muy pobre la educación que se limitara a dar nociones e informaciones, dejando a un lado la gran pregunta acerca de la verdad, sobre todo acerca de la Verdad que puede guiar la vida”⁵.

Educar implica siempre, además, una relación personal entre el educador y el educando, muy distinta a la que puede tener ese mismo profesor cuando escribe un libro o pronuncia una conferencia por radio. Vayamos a la antigua Grecia, donde nació el término y el oficio, y prestemos atención a cómo lo ejercía el propio Sócrates con los que se le acercaban, practicando la doctrina que él mismo bautizó como la mayéutica, “el arte de dar a luz”. Para él la educación ha de partir siempre de un diálogo; no se trata solo de hablar, sino, sobre todo, de saber escuchar; en esa escucha uno reconoce al otro y lo deja entrar en su propio espacio; se trata de asimilarse, de algún modo, al otro, pues, tras la escucha, uno ya no es el mismo, mi yo se ha enriquecido⁶.

En realidad, no fue sólo Sócrates -aunque sí el primero-, el paladín de este medio educativo; todos los grandes maestros de la antigüedad greco-latina consideraban que la verdadera educación se producía siempre desde el interior de la persona; como si se tratara de un camino ascendente desde lo inferior a lo superior, desde lo más sencillo a lo más complejo, desde lo sensible a lo inteligible, desde lo temporal a lo eterno. ¡Es lo que se llamaba la paideia clásica, el primer modelo consciente de la formación humana⁷!

4 Benedicto XVI, *Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación*, 21.I.2008.

5 *Id.*

6 Benedicto XVI, *Mi cristiandad*, 190.

7 La importancia universal del mundo griego, respecto a la tarea educativa, radica, sobre todo, en la alta estima que tenían por el ser humano (muy cercano al concepto cristiano posterior). La diferencia entre esta concepción y la del mundo oriental de la misma época es mayor

Esta pedagogía de la interioridad va a suponer desde el comienzo una palestra de la perfección. Platón, por ejemplo, lo llevó a cabo de forma magistral, sirviéndose de la filosofía como itinerario ideal de formación humana. Gracias a ella, el hombre asciende desde la apariencia hasta la verdad. Cinco siglos antes del nacimiento de Cristo, este gigante del pensamiento ya había comprendido que el deseo de descubrir la verdad, superando el mundo de las imágenes sensibles, va inherente al propio ser del hombre y que ésta –la verdad- es mucho más que el saber, pues conlleva, además, el conocimiento del bien⁸. Lo que harán los Padres griegos unos siglos más tarde será identificar esa verdad, belleza y bondad con Dios mismo, suma Verdad, suma Belleza, suma Bondad. Van a perfeccionar el modelo y al “hablar bien y conocer el bien” de los antiguos, incorporarán el obrar bien. El camino estaba tan bien trazado que apenas hubo nada que corregir.

San Agustín, por ejemplo, se servirá también de la pedagogía mayéutica para ir sacando a la luz, desde el interior del discípulo, las respuestas verdaderas que quiere que descubra. ¿Es, entonces, un manipulador el maestro? Nada más lejano a la concepción clásica de la educación. Los signos y las palabras exteriores que se dirigen a los oídos no tienen fuerza en lo íntimo del hombre. Los maestros no enseñan con ellas, aunque sí las necesitan para enseñar. ¿Qué queremos decir? Las palabras hieren los oídos (son algo material), son sólo signos, pero el maestro se sirve de ellas para invitar al discípulo a entrar en su interior y descubrir al verdadero Maestro que es el que, en verdad, le educa.

En efecto, para los clásicos, el itinerario educativo se realiza en tres momentos: las palabras exteriores de los maestros, la reflexión interior del discípulo, la **enseñanza interior del Maestro**. El educador ha de invitar al educando a entrar en sí mismo para **reflexionar y discernir** sobre lo que es o no verdad, consultando a la Verdad por antonomasia.

De este modo, en realidad, nunca enseñamos desde fuera, puesto que no tenemos acceso al hombre interior, donde se realiza la unión entre la inteligencia y la verdad ya aprehendida. Hay, por tanto, una palabra exterior, una palabra interior, que engendra la inteligencia al conocer algo, y, finalmente, la Palabra absoluta, el Verbo de la vida, el Logos eterno. Sólo Él es quien enseña: “No os dejéis llamar maestros, pues uno solo es vuestro Maestro...” (Mt 23,10). Como educadores, no podemos dejar de dar nuestras palabras, pero dando siempre paso al Maestro interior.

que la que se da entre aquel y nuestro hombre contemporáneo. En Grecia nace la cultura. Todo pueblo que alcanza un cierto grado de desarrollo se siente inclinado a practicar la educación, pues es la manera en que la sociedad transmite lo que le es más peculiar.

8 La verdad y la bondad coinciden porque el sublime Bien va a ser algo inmutable.

La educación auténtica no debe sólo ejercitar los ojos de los educandos para que resistan la luz, sino que procurará que aprecien tanto la luz excelsa de esa región que se decidan a vivir ya allí para siempre⁹; se trata, en definitiva, de mirar más allá de las cosas penúltimas y lanzarse a la búsqueda de las últimas, las verdaderas¹⁰. Efectivamente, Dios ha dado el primer paso, ya solo queda encontrarnos con un el maestro que prepare el camino para llegar al verdadero Maestro.

II. EL EDUCADOR ACOMPAÑA DESDE: LA FAMILIA, LA ESCUELA, LA IGLESIA

¿Está todo perdido? Ni mucho menos. Basta con encontrar educadores que, en vez de lamentarse –muy cómodo, pero muy inútil–, se dediquen, en primer lugar, a mirar al Maestro y, luego, a imitar su método educativo. Ahora bien, no existe ningún padre, profesor o catequista que pueda afrontar el reto educativo él solo¹¹. Es imprescindible la colaboración de los tres ámbitos educativos.

La familia

La familia es el ámbito de apoyo, de preparación y recepción del acto educativo de la escuela. Su función es irrenunciable.

En la familia uno es querido por sí mismo; esta es la mayor necesidad del hombre –no solo del niño–; es el componente más importante para el desarrollo de la personalidad. En la familia se configura la identidad y se adquiere conciencia de la propia dignidad¹². Ella ayuda a desarrollar la personalidad (carácter) y el niño aprende lo que es, cómo se ve a sí mismo y cómo ve el mundo. La familia es el lugar donde se encuentran y se sostienen las raíces personales, es el principal punto de referencia en cualquier dificultad. Finalmente, en ella establecemos las primeras relaciones, es decir, sabemos que estamos vinculados a otros, que, en cierto modo, les “pertenece”. Quien no se siente vinculado, se siente de “nadie”; ¿se siente libre? No, ¡¡¡se siente desamparado!!! Cuidado con la libertad mal entendida. El niño necesita normas, saber lo que debe y lo que no debe hacer. Es su mayor seguridad.

9 Cf. Introducción *De Magistro*, BAC, 2009, vol. III.

10 Cf. Benedicto XVI, *Discurso al mundo de la cultura*. Colegio de los Bernardinos, París, 12.IX, 2008.

11 J.R. Urbieto, *Exigencia y ternura*, PPC, Madrid, 2009, 20.

12 J.M. Burgos, *Antropología: una guía para la existencia*. Palabra, Madrid, 2005, 306-308.

Además de dar la vida, los padres tienen la responsabilidad de ayudar a sus hijos a reconocer el sentido total de ella. Esta responsabilidad debe ejercerse en la forma de elegir los colaboradores que van a llevar a cabo la educación de sus hijos. La familia y el colegio han de coincidir en la visión compartida de la educación, han de colaborar y ayudarse mutuamente¹³. Solo así el niño se sentirá reafirmado y seguro. Por el contrario, si no se da esta vinculación en los criterios educativos, el niño queda desorientado y sin criterios firmes para su vida futura. “Sin comunidad no hay educación posible” (P. Francisco, Audiencia a los miembros de la Asociación Italiana de Padres, 7.IX.2018).

“Hoy, cuando se habla de la alianza educativa entre escuela y familia, lo hacemos para denunciar su ausencia: la familia ya no aprecia como antes el trabajo de los profesores [...] y estos advierten como una invasión [...] la presencia de los padres en la escuela, terminando por mantenerlos al margen o considerarlos adversarios” (id.).

“Es preciso cambiar la situación [...]. Si vamos solos, seremos menos capaces de educar y hacer frente a los nuevos desafíos de la cultura contemporánea”.

La escuela

“La buena escuela educa integralmente a la persona en su totalidad”¹⁴, decía, en el 2010, Benedicto XVI a los alumnos de las escuelas católicas, indicando un aspecto esencial de la educación. La escuela tiene la responsabilidad de transmitir el patrimonio cultural desarrollado en el pasado, de ayudar a leer el presente, y de adquirir las competencias necesarias para construir el futuro. El hombre, que nace indefenso y comienza un proceso de desarrollo lento y continuo hasta la madurez humana, necesita alcanzar una unidad para lograr su verdadera identidad.

En la escuela se desarrollan y entrelazan estas tres dimensiones de la persona, la cultural, social, ética y religiosa del alumno. Esta última es la que da unidad a todas, la que ayuda a responder con coherencia a los grandes interrogantes existenciales del ser humano, que se concentran en torno al problema del sentido último de la existencia humana.

13 J.R. Urbieta, *o.c.*, 20.

14 Benedicto XVI, *Saludo en el encuentro con los alumnos de las escuelas católicas de Reino Unido*, 17.IV.2010.

La Iglesia

¿Por qué la Iglesia invierte tiempo, recursos y energías en una tarea que no es directamente religiosa? ¿Por qué tenemos escuelas y no peluquerías? Son preguntas que suele hacerse el Papa Francisco en los encuentros que tiene con educadores. La respuesta es bien sencilla: por la esperanza de una humanidad nueva.

“La Iglesia siempre está al lado para educar, para hacer que toda persona se sienta acompañada, orientada hacia valores verdaderos y puesta en condiciones de dar lo mejor de sí para el crecimiento común” (Papa Francisco, Audiencia a los miembros de la Asociación Italiana de Padres, 7.IX.2018).

Entre las grandes aportaciones sociales de la Iglesia, desde su origen, encontramos su contribución a una auténtica educación, a la búsqueda de la verdad y, al orden en el conocimiento. Ella, como maestra de vida, ha lanzado al mundo un grito de alerta frente a los reduccionismos del conocimiento. La aparición de la ciencia, una de las formas de saber, fue un hallazgo que amplió la comprensión del mundo y facilitó al hombre la relación con lo que le rodea. Un beneficio para la humanidad que no puede desplazar la importancia de otros saberes, también necesarios en la vida existencial del ser humano.

La Iglesia ha denunciado, proféticamente, frente al mundo científico y técnico, que no le vale al ser humano, para alcanzar su identidad, exclusivamente con un conocimiento científico, ya que éste no logra responder a las preguntas vitales que se plantea, ni resolver las experiencias universales de sentido que vive cualquier ser humano.

La Iglesia no pretende solo formar personas útiles a la sociedad, sino educar a los que puedan transformarla.

II. DOBLE RETO DEL EDUCADOR

1.- Formar personalidades sólidas

Sólo si la vida tiene un sentido merece la pena ser vivida. Lo mismo le ocurre a la educación. ¿Qué sentido tiene la educación? ¿Cuáles son los verdaderos ideales educativos? La naturaleza de la educación, como decíamos al comienzo de la intervención supone siempre que el hombre es un ser inacabado e imperfecto, que camina hacia la perfección; una perfección que solo se logra si el hombre se perfecciona en las tres dimensiones: física, intelectual y espiritual.

Pero, si la educación se desvirtúa convirtiéndose en un simple auxiliar del mercado o en una institución competitiva, que prepara exclusivamente para el

mundo laboral, pierde su sentido humano y comienza a fallarnos¹⁵. Necesitamos hombres cultos, sin duda, pero, sobre todo, necesitamos hombres maduros.

¿Cómo lo consigue el discípulo? Siguiendo, en libertad, el proyecto existencial que le ha ofrecido el maestro y que busca desarrollar todas sus potencialidades: inteligencia, voluntad y corazón. No se trata de tres educaciones, sino de una sola que tiene en cuenta el entramado de la persona completa. Para gobernar nuestro interior, la inteligencia busca la verdad, la voluntad busca lo bueno y los sentimientos son los que dan unidad a todo y nos ayudan o no a vivir conforme a lo hallado.

Es decir, el maestro ha de enseñar a escuchar, reflexionar, querer y amar.

Educación en la escucha. Es el requisito previo a todo aprendizaje; así lo han entendido los grandes maestros de la antigüedad, no solo Sócrates y Platón, sino también los rabinos hebreos y el mismo Jesucristo. Aquellos alumnos no tomaban apuntes, escuchaban a los pies del maestro y... aprendían. ¿Qué aprendían? ¿Lo que decía? Sí, por supuesto, pero también, y, sobre todo, lo que él mismo era, lo que enseñaba con su persona. Educar la inteligencia no es solo enriquecerla académicamente, sino enseñarle cuál es el mejor camino en la vida para que la voluntad pueda decidirse correctamente¹⁶.

Es importante escuchar porque nos ayuda a salir de nosotros mismos y significa que el valioso no soy yo, sino el otro; es el “sólo sé que no sé nada” socrático. Es preciso, para ello, ayudar al joven a salir de la ilusión de la autosuficiencia para descubrir y aceptar la propia indigencia, indigencia respecto a los demás y respecto a Dios¹⁷.

Empecemos por enseñar a escuchar porque, si nuestros jóvenes no escuchan en el aula, será muy difícil que escuchen a Dios, cuando se pongan en oración. Y, si no escuchan, ¿cómo van a poder responder?

Educación en la reflexión. Esta acción personal, propia de la inteligencia, no está de moda, pero el educador sabe que aquí radica gran parte de la fuerza educativa; implica renunciar a la prisa; es costoso, requiere una paciencia indómita, pero es presupuesto necesario para que los alumnos experimenten la alegría de descubrir la verdad por sí mismo. Cuando conocemos la verdad, nos es mucho más fácil vivir conforme a ella. Un peligro actual es vivir demasiado deprisa, sin tiempo para “contemplar”. Los antiguos reconocían que el comienzo de la sabiduría estaba precisamente en el asombro. Era preciso pararse para preguntarse y asombrarse. Bellamente lo expuso el cardenal Ratzinger al afir-

15 Cf. M^a E. Gómez Sierra, “En tiempos recios, educar la interioridad”. Comunicación en el X Congreso de Católicos y Vida Pública, *La esperanza fiable*, 2008.

16 Cf. J.R. Urbieto, *o.c.* P. 80.

17 Benedicto XVI, Mensaje de Cuaresma, 2010.

mar: “para transmitir la fe, hemos de enseñar a pensar, pero también a adorar, a pensar de rodillas para que nuestra inteligencia vuele más allá de sus propias posibilidades”¹⁸.

Fomentar una actitud crítica ante lo que se ha establecido como uso cotidiano es una valiosa contribución a la verdadera educación. “Trabajad, esforzaos para llegar a pensar bien”¹⁹, aconsejaba Pascal. La reflexión es una de las mejores armas del hombre; facilita la adquisición de un criterio propio y consigue el encuentro del hombre consigo mismo, con los demás y con Dios. Enseñar a pensar es enseñar a discernir en medio de la sociedad pluralista en que vivimos: discernir lo que vale de lo que vale menos o incluso de lo que es perjudicial, aunque nos lo vendan como imprescindible²⁰.

Es fundamental fomentar el silencio, pero no solo como medio ascético, sino también porque es el mejor modo de aprender a preguntarse...

Educación en la acción. Es verdad que la libertad es el objetivo de la educación: “Necesitamos educar para la libertad; pero, para hacerlo, hemos de ser conscientes de que el ejercicio de la libertad requiere una importante labor educativa previa”²¹. Es evidente; las ideas sólo se entienden cuando se viven y en la medida en que se viven. Forjar la voluntad es tarea urgente. “No basta con pensar bien –nos advierte Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*-, hay que actuar a lo largo de nuestra vida, pues los que actúan rectamente alcanzan cosas buenas y hermosas y su vida es por sí misma agradable”.

En una sociedad, que rehúye por sistema todo lo que signifique esfuerzo, el joven parece regirse por el “me apetece, lo hago; no me apetece, no lo hago”. La voluntad es quizá la facultad humana más difícil de educar hoy porque, aunque no requiere más que de pequeñas renunciaciones, éstas han de ser continuas. “Es en la continuidad donde se dan a conocer las almas grandes”²². La voluntad no se educa a base de permisividad o de caprichos; requiere esfuerzo continuo, pero no podemos olvidar que la constancia depende en gran medida de cuánto y cómo queramos lo que estamos haciendo, es decir, de qué interés tenga el ideal que hemos puesto en la vida. ¿Es tan valioso que merece la pena este sacrificio? “A los jóvenes si se les pide poco, no dan nada...”

¿Qué hacer cuando proponemos unos valores y la sociedad propone los contrarios? Hoy más que nunca es imprescindible la colaboración entre la familia

18 J. Ratzinger, *Convocados en el camino de la fe*, Cristiandad, Madrid, 2004, 21-22.

19 *Pensées*, 347

20 Cf. J.R. Urbieto, *o.c.*, p. 158.

21 J.M. Esteve, *Educación: un compromiso con la memoria*, Octaedro, Madrid, 2010, 179-180.

22 T. Morales, *El ovillo de Ariadna*, Encuentro, Madrid, 1998, 68.

y el colegio. La unidad de criterios en los fines a lograr y los medios a utilizar es indispensable.

Educación de los sentimientos. Los sentimientos, los afectos, las emociones están detrás de todo lo que nos sucede. Son fuerzas espontáneas y no podemos hacer nada por evitarlos. Pero lo importante no es tanto lo que nos ocurre, sino cómo lo afrontamos.

Es verdad que la voluntad elige como bueno lo que la inteligencia le propone como verdadero, pero eso no significa que lo lleve a cabo; la persona realiza lo que percibe como bueno para sí, influido muchas veces por los sentimientos (gusto/disgusto, alegría/tristeza, seguridad/ miedo, etc.)²³.

“Educar el corazón debería ser la médula de toda pedagogía, en la familia, en la escuela [...] La educación del corazón es casi tan importante como la de la cabeza [...] porque el corazón impulsa a la acción²⁴. Cabeza y corazón deben unirse para llegar a la armonía total de la persona; por separado, sólo cometen locuras.

Educación así significa ayudar a que el alumno se enamore de su propia vida, se implique en ella, desando vivir “del todo”, que no se resigne a ser bonsái, que no se limite a sobrevivir, sino que se empeñe en crecer. Ha de ser consciente de que nadie va a vivir por él: ni los amigos, ni los educadores, ni el ambiente. Ahora bien, ha de saber también que en esta tarea no se encuentra solo. Ha de medirse con su propia talla, no compararse con nadie (“yo soy mi talla... en crecimiento”). Por ello, ha de aprender a pasar de los deseos a lo concreto. Más que a quejarse de sus “mimbres”, ha de aprender a valorar si con los mimbres que usa puede terminar la cesta que quiere²⁵. Es preciso que concrete metas y medios. Se le ayudará desde fuera, pero nunca se le suplirá.

Necesita aprender a relacionarse bien con lo bueno y mal con lo malo. Lo que humaniza y ayuda a crecer en todas las dimensiones de la persona es bueno; lo que deshumaniza o hace personas bonsáis es malo²⁶. En la infancia, el educador ha de suplir su inmadurez; poco después hay que enseñarle a volar y después dejar que lo haga y disfrutar con su vuelo²⁷. ¿Cómo hacer desde la educación? A los valores se llega por ellos mismos: al diálogo, se llega dialogando; a la paz, cuidándola en mi día a día; al saber, estudiando; al respeto, por el respeto, etc. No hay otros caminos para lograr los valores²⁸.

23 Cf. J.R. Urbieto., *o.c.*, 80-81.

24 T. Morales, *Coloquio familiar*, Valladolid. Cruzada de Santa María, 1971, 74-76.

25 Cf. J.R. Urbieto, *o.c.*, 127.

26 Cf. Id.

27 Cf. Id., 156.

28 Los valores no educan por sí mismos, sino por las personas que los encarnan.

Acertar a encender en el alma la llama de un gran ideal, eso es educar. Un hombre no vale absolutamente nada sin un gran ideal²⁹.

2.- Ayudar al discípulo a encontrarse con el Maestro

El proceso educativo –hasta alcanzar la madurez- ha de lograr un desarrollo armónico de la dimensión física de la persona y un crecimiento de su dimensión psicosocial. Pero esto solo no basta, pues la auténtica madurez requiere una formación de la dimensión espiritual que es la que logra la unidad de toda la persona, dándole un sentido trascendente y la posibilidad de que se posea a sí misma³⁰. El hombre, capacitado para el diálogo con Dios, ha de esforzarse por cultivar las condiciones requeridas que lo hacen posible: su capacidad espiritual. Requiere un proceso formativo desde el interior de la persona.

Este aspecto es el de mayor dificultad, dado que exige un cuidado especial de lo que hay en el hombre de huella de Dios, aspecto que con frecuencia hemos olvidado en la educación. Solo una educación finalística apunta a lo trascendente.

Alicia en el país de las maravillas. El libro de Carroll nos ayuda a explicar lo que queremos decir. Ustedes recordarán que en un momento del cuento el gato le pregunta a la niña: “¿A dónde vas?” Y ella le responde: “A cualquier parte”. “Entonces, da igual el camino que cojas”, le responde lleno de sensatez el animal.

Lo hemos oído hasta la saciedad. El problema de la educación hoy no es un problema de medios (nunca ha habido tantos ni tan excelentes), sino de fines. Perdemos de vista el fin de la educación si nos conformamos con la eficacia académica o –mucho peor- con el reconocimiento social. ¿Por qué hacemos lo que hacemos? ¿Para qué lo hacemos? Son las preguntas claves que han de orientar nuestra tarea.

Es cierto que la calidad de nuestros programas es importante, pero mucho más lo es que nuestros alumnos puedan encontrar en nuestros centros la belleza de la fe y aprendan a llevarla a sus vidas. No educamos si sólo nos limitamos a transmitir aspectos meramente técnicos y funcionales. La técnica es útil, pero de ningún modo, es esencial; con ella no se forma el espíritu³¹. Si valoramos, sobre todo, contenidos, adquisición de competencias y habilida-

29 T. Morales, *Hora de los laicos*, en *Obras pedagógicas del P. Morales*, vol. II, Madrid, BAC, 415-6.

30 M^a E. Gómez Sierra, “Los enredos de la educación”.

31 Cf. J. M. García Ramos, “Los educadores a examen”, en L. Jiménez (Dir.), *Los educadores a examen*, Madrid, F.U.E., 2010, p. 23.

des, colaboraremos, sin lugar a dudas, a incrementar los valores intelectuales, pero será muy difícil que a su lado se desarrollen los espirituales. Es que ¿el joven así educado no va a poder abrirse a la idea de Dios? Quizá se abra, pero a una idea de Dios, al concepto intelectual de la divinidad, nunca un Dios cercano, humanado, con el que puede relacionarse en un tú a tú, que, en el fondo, es lo que necesita³².

El hombre es un ser religioso por naturaleza y, si no lo abrimos al Dios verdadero, ya hemos comprobado multitud de veces, cómo se vuelve a la magia o a la astrología³³. Es importante crear un contexto propicio que facilite la relación originaria entre el hombre y Dios; cuidar el silencio y recordar que “no estamos huecos por dentro” es un medio muy sencillo, pero de resultados extraordinarios.

Una vez más Benedicto XVI: “os pido que tengáis presente en la escuela la búsqueda de Dios, del Dios que en Jesucristo se nos hace visible. Sé que en nuestro mundo pluralista es difícil afrontar en la escuela el discurso sobre la fe; pero no basta que los niños y los jóvenes adquieran en la escuela únicamente conocimientos y habilidades técnicas, sin recibir los criterios que dan orientación y sentido a los conocimientos y a las habilidades. Estimulad a los alumnos a hacerse preguntas no sólo sobre esto y aquello –aunque sea ciertamente bueno–, sino principalmente, sobre dónde y a dónde va nuestra vida. Ayudadles a darse cuenta de que las respuestas que no llegan a Dios son demasiado cortas”³⁴.

¿Cómo se logra esto? “Maestro, ¿dónde vives?” (Jn 1,38), le preguntan Juan y Andrés a Jesús. Al verdadero Maestro se le pregunta por la vida, no por una técnica o por una doctrina; se le pregunta por una morada, que haga la vida auténticamente humana. Curiosamente, si nos fijamos, descubrimos que la pregunta de los discípulos se convierte en respuesta a la pregunta inicial del Maestro: “¿qué buscáis?” (id). Descubrimos en este pasaje la pedagogía más extraordinaria, el fin de toda educación. Porque, en realidad, educar es un suscitar preguntas, un enseñar a buscar³⁵ y encontrar respuestas de sentido, en definitiva, encontrarse con el Maestro.

32 Empezar, tal vez, entusiasmando al niño con lo mejor, con lo bueno: “¿qué es lo mejor en este momento para ti, lo más digno, lo que más te va a ayudar...?” Suscitar en él los deseos de lo mejor.

33 Es este un perfil que el educador no puede obviar. Los datos están ahí: el hombre es un ser religioso (lo ha sido desde el principio de la Historia). Negar esto es violentar la naturaleza humana.

34 Benedicto XVI, *Celebración de las Vísperas en la catedral de Munich*, 10.IX.2006.

35 Cf. J. Granados, J.A. Granados, *La alianza educativa. Introducción al arte de vivir*, Burgos, Monte Carmelo, 2009, 2-22.

Es lo que busca Jesús, el Maestro por excelencia³⁶, en el Evangelio: que cada hombre que se encuentra con él nazca de nuevo. Nicodemo es un modelo excelente; acompañado por la autoridad del Maestro, va desprendiéndose del hombre viejo, para que surja el nuevo, fruto del nacimiento al que le invitaba el Maestro. Les ocurre de modo similar a los discípulos de Emaús; huyen de Jerusalén agotados por el peso de sus hombres viejos, pero, al calor de la conversación con el Maestro (“¿no ardían nuestros corazones?”), con la fuerza de su compañía cercana, vuelven también ellos a nacer y, sin recordar fatigas del camino, regresan rápidos a Jerusalén para ser testigos de lo que han visto y oído. Son también ellos ya unos hombres nuevos. Podríamos fijarnos uno por uno en los personajes que se van encontrado con el Señor a lo largo de las páginas del Evangelio. En cada uno de ellos se ha producido el mismo proceso: un encuentro con el Maestro que cautiva con su Persona, una luz interior y una fuerza inquebrantable ante la seguridad de su enseñanza. Uno tras otro abandonan sus hombres viejos y nacen a una vida plenamente humana. Del encuentro con Dios el hombre siempre queda transformado.

Solo si damos este paso la educación se convierte en verdadera evangelización.

En verdad, no puede haber educación verdadera –esa que lleva a plenitud toda la persona– sin que se produzca el encuentro personal con el Maestro con mayúscula. Nuestros alumnos nos piden respuestas “de sentido”, nos piden, de un modo u otro, que les mostremos a Cristo. Es imposible hacerlo ilustrando solo sus inteligencias, necesitan “verlo”, encontrarse con su Persona. Paso previo, no hay duda, es que lo vean en cada uno de nosotros.

En nuestros centros de educación católica, los alumnos –o sus padres– ya han hecho una opción al elegirlos; han elegido a Jesucristo. Toda nuestra tarea educativa ha de ir encaminada a lograr no sólo que lo conozcan como a un personaje más de la historia, sino a que se encuentren con Él y ¡¡lo sigan de cerca!! El cristianismo, ha dicho muchas veces el cardenal Ratzinger, es un camino que sólo se entiende cuando se avanza por él.

IV ¿EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN? NUEVOS EDUCADORES

“Os he llamado para que deis fruto”, es la expresión evangélica con la que Domínguez³⁷ abre su reflexión sobre el vínculo indisoluble entre evangelización

36 En palabras de san Clemente de Alejandría, se trata del Pedagogo, título que da a una de sus obras. Dios ama tanto al hombre que se hace su pedagogo en Cristo, indicándonos el camino recto a la verdad, a la visión total de Dios.

37 Cf. X.M. Domínguez Prieto, o. c., 139

y educación. Anuncio, vocación personal y llamada a la santidad es el itinerario necesario para que ambas acciones eclesiales muestren sus frutos.

Si educar supone perfeccionar al hombre, llevarle a plenitud, suscitando en él la pasión por la verdad, la belleza y el bien, equivale a evangelizarlo. Ambas realidades colaboran al crecimiento completo de la persona y sólo, si caminan al unísono, podremos formar personalidades maduras y unitarias. Quizás el desafío mayor que tiene hoy la Iglesia es precisamente éste: educar evangelizando y viceversa, evangelizar educando.

“Sin educación no hay evangelización duradera y profunda, no hay crecimiento y maduración, no se da cambio de mentalidad y de cultura”, aseguró Benedicto XVI, al Rector Mayor de los salesianos de D. Bosco³⁸. Será una realidad si nosotros, los educadores, somos conscientes de que nuestro testimonio personal e intelectual es indispensable, si logramos armonizar fe y razón, para que los alumnos puedan descubrir la unidad que existe entre todas las disciplinas. Será una realidad si no reducimos la enseñanza a mostrar fragmentos de la realidad, el que me toca a mí en esta clase. La escuela hoy más que nunca –afirma con rotundidad el profesor A. de Gregorio–, necesita metafísicos. Toda verdadera educación debería partir de este principio elemental: ¿Cómo contribuye esto que enseño a un mejor conocimiento de lo que debe ser el hombre? Si los programas de las distintas asignaturas de un centro educativo se elaboran a partir de esta pregunta, empezamos a dar con la solución³⁹.

En este sentido, resulta de gran ayuda realizar nuestra tarea educativa en un centro confesional. Tal vez sea preciso en algunos casos llevar a cabo una reflexión profunda sobre la propia identidad, reorientar quizá el currículum de alguna asignatura, los libros de estudio o las excursiones programadas. No podemos ser ingenuos. Ni cualquier proyecto, ni cualquier metodología colabora a la formación integral de los alumnos. Ni mucho menos⁴⁰. En la orientación de cada asignatura, en el estilo educativo de cada centro, existe una concepción del hombre y del mundo. La educación nunca es neutra. Ofrece un sentido de la vida u otro. Cada clase se puede aprovechar muy bien para responder a preguntas trascendentes de los estudiantes. Lo que sería terrible sería eludirlos porque pueden “comprometernos”. Los jóvenes necesitan nuestras razones, hoy más que nunca.

El verdadero educador evangeliza con lo que dice, pero, sobre todo, con lo que es. No podemos evitar transmitir valores, despertar sentimientos y emociones, provocar admiración o repulsa, suscitar seguidores o adversarios porque,

38 *XXV Capítulo General de la Sociedad de San Francisco de Sales* (1.III.2008).

39 Cf. A. de Gregorio, “Enseñar evangelizando; evangelizar enseñando”.

40 Cf. E. Alburquerque, *Emergencia y urgencia educativa*, Editorial CSS, Madrid, 2011.

aún sin pretenderlo expresamos convicciones. Es absurdo pensar que, por un lado, está la ciencia pura, neutral, y, por otro, nuestras convicciones privadas. No, nuestras convicciones se notan en clase (y, si no se notan, es que algo falla en nuestra coherencia de vida). Evangelizar, en definitiva, es vivir escuchando a Dios y dándolo a los demás. Nada más, pero también nada menos.

La Nueva Evangelización no es un proyecto humano. Dios lo quiere y está con nosotros. Tenemos todas las de ganar. Los verdaderos responsables de la actual emergencia educativa somos los adultos. Si queremos contar con una nueva juventud en el mañana, es indispensable que nos esforcemos por encarnar en nuestras vidas esos ideales que queremos ver reflejados en nuestros alumnos. Nueva Evangelización, que no nos habla tanto de métodos como de vidas que sean testigos de la alegría que supone seguir con radicalidad a Jesucristo.

El testimonio de vida cristiana es la evangelización insustituible. Testigos de una nueva vida en Cristo que se caractericen por:

- **Sentido de urgencia (responsabilidad).** ¿Si ahora no, cuándo? A nadie le es lícito permanecer ocioso⁴¹. ¿Si yo no, quién en mi lugar? En la educación es esencial el sentido de responsabilidad: responsabilidad del educador, desde luego, pero también, en la medida en que crece en edad, responsabilidad del hijo, del alumno, del joven que entra en el mundo del trabajo. Es responsable quien sabe responder ante sí mismo y ante los demás. Quien trata de responder, sobre todo, ante Dios, que lo ha amado primero. El educador ha de asumir su propia responsabilidad y el educando la suya, para lograr el fin de la verdadera educación: el uso correcto de la libertad.
- **Fidelidad amorosa a la Iglesia.** La identidad clara y firme da seguridad al evangelizador y al evangelizado. A veces el pensamiento débil puede generar también en el mundo eclesial personalidades frágiles, incoherentes. El dogma de lo políticamente correcto se convierte en una masificación absoluta. La vida moderna a veces quiere imponernos compromisos contradictorios que fragmentan a la persona, pues se nos pide jugar papeles contrarios. Si no tuviéramos un fuerte sentido de pertenencia eclesial correríamos el riesgo de ir a la deriva.
- **Alegría.** Es la parte humana de la gracia, generada por el encuentro con Cristo. Nuestra fe no es un simple código ético, la Persona de Cristo y sólo el encuentro con Él puede llenar la vida de alegría duradera. Ha llegado el momento de sacudir los complejos y salir al mundo a contagiar nuestra fe por pura envidia. Es un camino personal que nadie puede recorrer por otro,

41 Cf. *Cristifideles laici*, n. 3.

pero nosotros, que ya lo hemos encontrado, debemos invitar a otros muchos a que se unan a esta aventura espiritual que, única en su género, nunca decepciona, “la alegría de la fe”.

V CONCLUSIÓN

Cristo es el verdadero Maestro, el único, en realidad. Es él quien educa de verdad y nos enseña el mejor método: Dios que se encarna, que entra en nuestra historia, que habla nuestro lenguaje y que desaparece (*exinanivit*) para enseñarnos a hacer lo mismo con los que tenemos a nuestro cargo⁴². La tarea educativa no es fácil, desde luego, pero no podemos olvidar que la grandeza de nuestra fe es que Dios camina a nuestro lado. Él hace lo más importante, si de verdad nos ponemos a un lado y aprendemos, mostrando la belleza y la racionalidad de la fe, a llevar a nuestros discípulos a Dios con convicción y alegría⁴³.

Educar es acompañar, llevar de la mano con exigencia y ternura a aquél que aún está creciendo y no puede soltarse, y ¡qué mejor mano que la que Dios tiende a nuestros alumnos! ¡Y qué mejor mano que la que sabe esperar, aun cuando los otros no saben o no quieren agarrarse!

42 Cf. T. Morales, *Tesoro escondido*, Cruzada de Santa María, Madrid, 1983, 125.

43 Cf. *Discurso en la Asamblea eclesial*, Roma, 13.VI.2011.

